

Segunda fase. Dentro de la casa en que habíamos presenciado las escenas descritas, y que alguna granada contraria había perforado, cerca de un hogar encendido por el enemigo, en el terreno conquistado, Vaca, el asistente del General Angeles nos llevó el almuerzo, que gustamos con el General Villa y otros oficiales. Se comió bien, acompañados por el estampido de algunos cañonazos, y de sobremesa, el General Angeles y yo finalizamos a balazos la vida de un desgraciado caballo, al que una granada había arrancado la mano izquierda.

Los disparos de nuestras pistolas parecían insignificantes para nuestros oídos ensordecidos por los múltiples y roncós estampidos de hacía un momento.

Aprovechando esa tregua, montamos a caballo y nos dirigimos al ala izquierda para ver de cerca los progresos realizados en ese lado.

Sobre la marcha, previendo el triunfo próximo, el General me ordenaba enviar al Capitán Quiroz, cuya batería no había descansado de cañonear al enemigo, la siguiente orden escrita: «marche Ud. a tomar posición al Grillo, en donde recibirá órdenes.»

La posición tomada por las tropas del ala izquierda permanecía fuertemente ocupada y desde ella continuaban cambiándose nutrido fuego con las tropas que se parapetaban en La Bufa.

El cañón de ésta continuaba su fuego, ya hacia el Sur, ya hacia Loreto.

El cerro del Grillo había quedado desguarnecido como por espacio de una hora. Pero a poco se vió que el enemigo volvía a ocuparlo con numerosas tropas de refresco y sus cañones no tardaron en vomitar fuego nuevamente.

Nuestras tropas han tomado aliento, la artillería, principalmente la batería de Quiroz, esta-

blecida ahora en la mina de Loreto, bate de nuevo, con furor, los fuertes del Grillo, y no tardamos en ver, primero, hombres aislados que se retiran al paso; después, grupos que se esconden retirándose y, por último, un verdadero cordón humano que descendiendole aceleradamente huyendo del cerro para internarse en Zacatecas. Nuestra artillería los sigue en su descenso y los pone en fuga.

En ese momento son las 5.50 de la tarde, se vé en el centro de la ciudad una gran humareda; el General nos dice: "ya están quemando Zacatecas;" el Ingeniero Valle nos sitúa en el plano el lugar probable de donde parte la humareda: parece ser del Mercado; yo hago notar que el humo se disipa prontamente, lo que hace suponer que se trata de una explosión y no de un incendio, conclusión que, como adelante veremos, fué confirmada.

Momentos después, nuestra tropa avanza y escala y ocupa el fuerte del Grillo, en el que planta hasta dos banderas victoriosas.

Entretanto, por el Sur arrecia el combate; en el campo de mis gemelos puedo distinguir que el enemigo también se repliega hacia la Ciudad, obligado por el empuje de las tropas que asaltan de ese lado.

El cerro de Clérigos, que ha estado siendo objeto de rudo ataque, ha caído probablemente en manos de los nuestros.

Por nuestra ala izquierda, a donde hemos hecho avanzar una batería, iniciamos el fuego a corta distancia contra La Bufa. De ahí se ponen a disparar, cañoneando radialmente en todas direcciones; presiento que van a hacernos fuego sobre la batería, llamo al General para ocultarnos en una oquedad y, acto continuo, pasan sobre nuestras cabezas los proyectiles de La Bufa. Semejant vuelos zumbadores, de resonar sinuoso, que van a romperse desesperadamente atrás de nuestras posiciones avanzadas. A esta distancia ya el sonido no llega precediendo al proyectil, por manera que para apercebir de antemano el

disparo, fijo mis gemelos hacia la pieza, atento a vislumbrar el fogonazo.

La artillería de La Bufa cambia de blanco, parece que otro enemigo más cercano aún, le amenaza, y nosotros dirigimos impunemente la vista a la izquierda sobre el camino que conduce a Guadalupe. Allí descubrimos con alegría que numerosas tropas enemigas, montadas, se alejan al galope hacia el pueblo; poco después vuelven grupas; regresan nuevamente hacia la salida, y finalmente, en completo desorden, abandonan el camino y se arremolinan en el campo, como lo haría una manada de borregos.

Desde nuestro observatorio podemos cazarlos, y al llamar a algunos soldados para que dirijan su fuego hacia ellos, un oficial me hace notar que nuestra gente también los rodea por este lado y que podemos herirla. Suspendemos nuestro propósito y observamos.

El General Angeles manda decir al General Villa *que ya ganamos*.

Las tropas apostadas en el camino de Guadalupe, habían cortado la retirada del enemigo, y estaban destrozándolo, como se verá adelante.

Entretanto, la artillería hacía certeros disparos sobre La Bufa, que ya no respondía. La gente de ahí se ponía en movimiento y nuestra infantería iniciaba el acceso al cerro.

La gente del Sur arreciaba en su empuje; el enemigo huía en carrera desenfrenada hacia la Ciudad y los ocupantes del Grillo bajaban a encontrarlos.

Finalmente, el enemigo huía de La Bufa hacia el camino de Guadalupe.

El fuego de la artillería había cesado, pero escuchábamos nutrido tiroteo y descargas cerradas en la ciudad misma.

¡Nuestras tropas entraban a sangre y fuego en Zacatecas!

Obtuve permiso del General para avanzar hacia la ciudad, a fin de buscar alojamientos, acompañado del entusiasmado Ing. Valle.

Mi deseo era que ya que había yo disfrutado de las emociones y del panorama magnífico de la hermosa batalla en el claro campo de mis gemelos, todo el día afocados a las posiciones enemigas, presenciara yo también la última fase de la lucha aquella, en que las tropas vencidas huyeron en completo desorden y en que las vencedoras, desordenadas también, entran y se apoderan de la última presa.

Por el camino reclutamos algunos dispersos y con las armas listas para cualquier evento, penetramos a las siete de la tarde a la ciudad, todavía alumbrada por los últimos resplandores del sol de un magnífico día de verano.

El enemigo, acorralado y vencido, había muerto o caído prisionero.

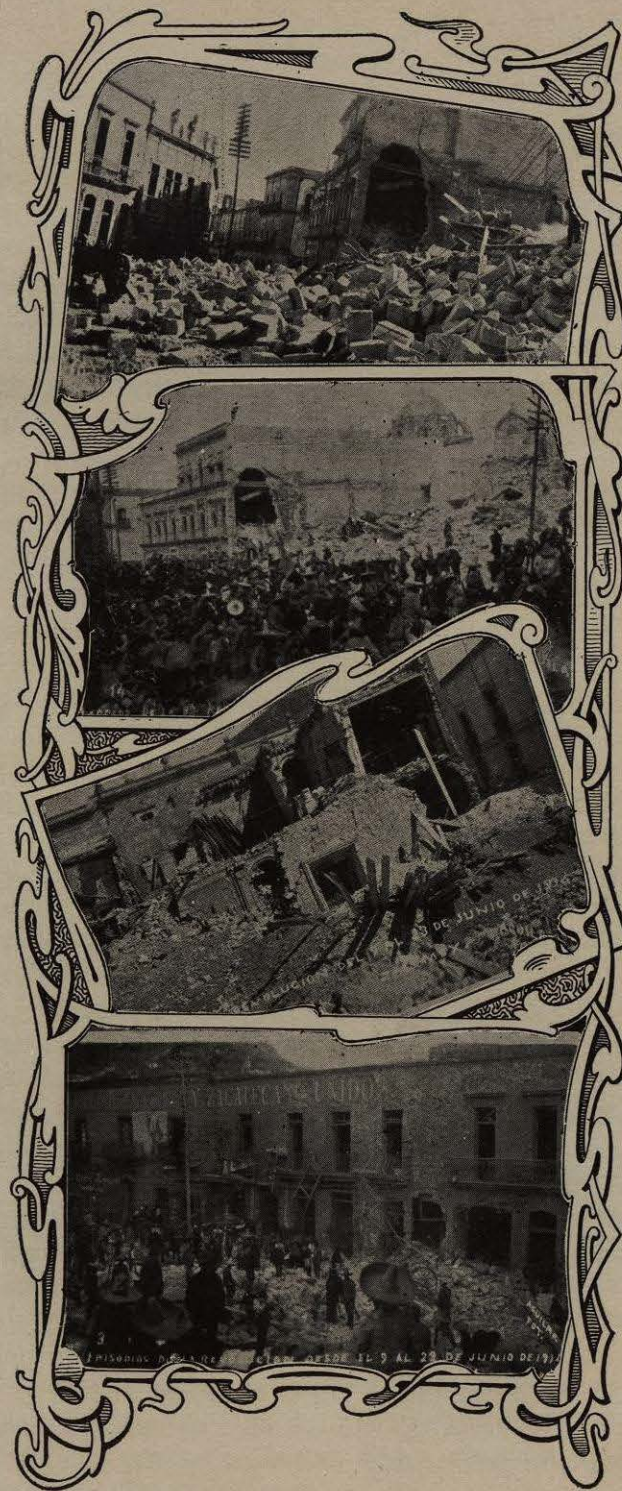
La gente del barrio extremo se asomaba aún temerosa por puertas y ventanas. Pero hacia el centro de la Ciudad, en que se escuchaban gritos, tiros, descargas y dianas, la confusión era completa; diez mil hombres, por lo menos, invadían de súbito una ciudad desconocida, cuyas casas tenían puertas y ventanas herméticamente cerradas.

Olía a pólvora y a carne humana.

Los cadáveres yacían aún escurriéndoles la sangre, por sobre el piso de las calles y los vencedores embriagados con la victoria, después de la lucha, llamaban a las puertas con fuertes golpes de culata, disparaban hacia las ventanas y rompían las vidrieras. Los alambres telegráficos y telefónicos yacían por tierra, estorbando el paso.

Diversos grupos de hombres se disputaban y arrastraban por las calles los carruajes que habían encontrado o acababan de extraer de las cocheras: era el *avance* de carruajes.

Algunas tiendas eran saqueadas, además, por vencedores, que al día siguiente habrían de pagar



1. Aspecto de la Calle Principal de Zacatecas, después de la explosión.— 2. Los revolucionarios contemplando el desastre.— 3. Restos de un edificio volado.— 4. Destrozos en las casas del frente.

el robo con la vida. (Hubo sesenta ejecuciones por saqueo).

En el centro de la ciudad, en que apenas se podía transitar por el gentío militar, se veían los escombros de una gran casa: Banco de Zacatecas y Jefatura de Armas. A los lados de ella, y en la acera del frente, las casas mostraban sus ventanas y balcones despedazados, sus muros agrietados y ennegrecidos por formidable explosión.

¡Los bárbaros llamados gobiernistas, los huertistas vencidos, habían volado una manzana entera con todo y habitantes, como postrer venganza!

¡Pero la guarnición de doce mil hombres expiaba con el aniquilamiento su último crimen!

Desenlace. Huyendo del desorden, de las imprecaciones y de los disparos que chispeaban siniestramente en las sombras de la noche, resonando con ecos pavorosos en los enfilados callejones, nos refugiamos en la casa de unos conocidos. El susto los tenía aún pálidos.

Nos obsequiaron con una frugal cena y más tarde cuando la alharaca hubo amenguado, obtuve de uno de ellos, el sacrificio de salir conmigo a la calle para mostrarme dónde podía hallar alojamiento para la artillería.

Una noche de cielo estrellado, pero oscura, permitía apenas descubrir a cada paso, cadáveres, de los que nuestros caballos se apartaban con espanto. Los hombres que no habían encontrado alojamiento, se acostaban en las bancas de los jardines.

En el portal de la plaza Independencia un gran número de ellos dormía a pierna suelta, alternando con los cadáveres de los vencidos, que dormían el sueño eterno.

La vida y la muerte se daban la mano en sueño macabro la noche de la victoria alumbrada

da tenuemente por la luz de las estrellas cintilantes.....

Aquella noche dormí profundamente.

Al día siguiente fui a ver el resultado fantástico de la persecución, sobre el camino de Guadalupe.

La vía carretera, el arroyo y los campos que lo bordean, estaban regados de despojos y sembrados de cadáveres. Cachuchas militares, chaquetines, etc., daban idea de un campo de suprema lucha.

Allí se podía estudiar por los gestos, las actitudes y la abundancia de muertos, la psicología macabra de la muerte. Había unos que en actitud natural, revelaban una muerte piadosa; pero los más tenían retratada en el rostro la mueca de la desesperación con que huían: los brazos cubriéndose la cara en señal de espanto en unos, o de implorar clemencia en otros, eran indicadores de la hecatombe.

Algunos había que habían recibido la muerte instantáneamente, al hacer el ademán propio de quien se siente lanzado por el caballo: con las manos llevadas lateralmente en ademán violento.

La mayor parte estaban heridos en la cabeza.

Entre los cadáveres se veían cuerpos de mujeres y niños.

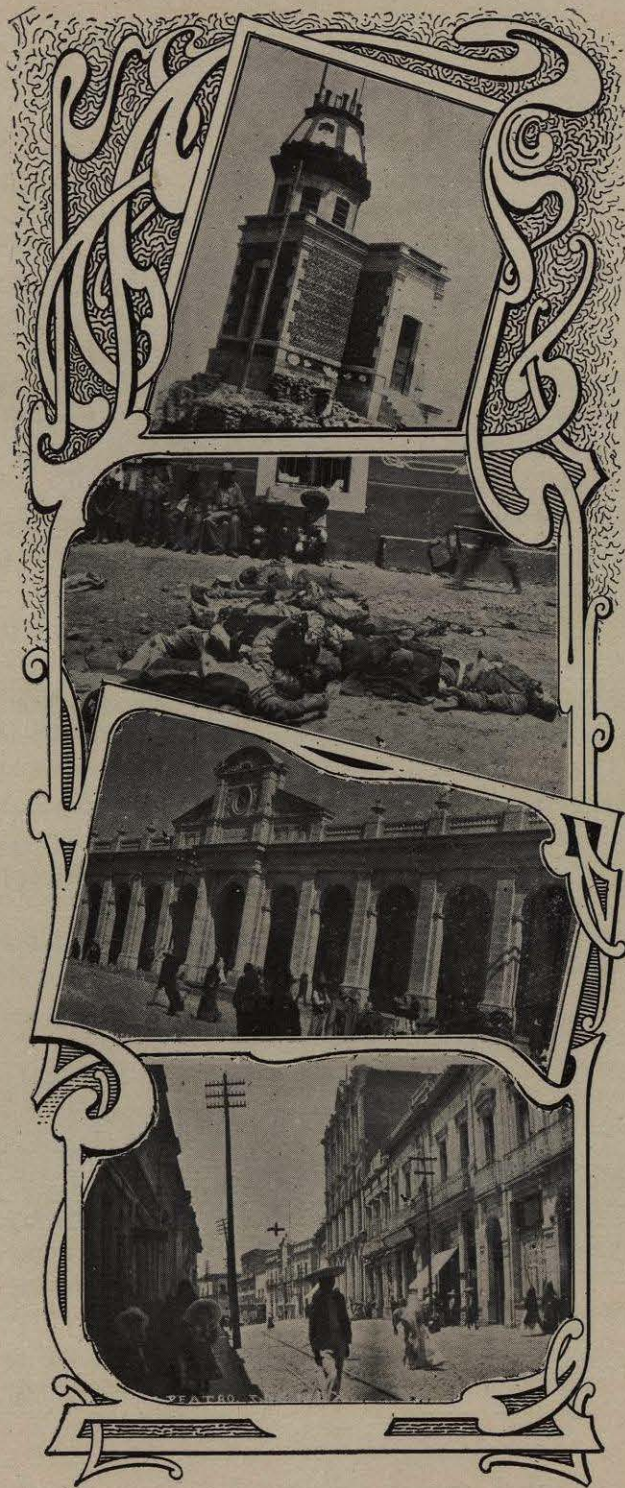
Muchos oficiales denunciaban su categoría por la calidad de sus ropas interiores y especialmente de sus calcetines. Las prendas exteriores de vestir habían desaparecido en todos ellos.⁽¹⁾

Un energúmeno, en estado de ebriedad, cebaba sus venganzas y su bajo instinto en balalear un cadáver, a quema ropa, en las entrañas.....

Hasta los caballos tenían actitudes de espanto: Había algunos que metida la cabeza en-

(1) "Y pensar que la mayor parte de esos muertos fueron cogidos de leva por ser enemigos de Huerta y por ende, amigos nuestros!" Y pensar que algunos de ellos eran mis amigos, a quienes la inercia del rebaño mantuvo del lado de la injusticia!....."

(Apuntes del General Angeles.)



1. Observatorio Meteorológico en el Cerro de La Bufa.— 2. Cadáveres en la Estación del F. C. C. M.— 3. Portal "Independencia," donde durmieron los vivos alternados con los muertos. — Calle Principal de Zacatecas. Al fondo (+) edificios volados por los huertistas

tre las manos, por debajo del cuerpo, se habían aplastado con la muerte. Alguno ví que tenía la cabeza cubierta con una cachucha militar (macabra chanza de un ocioso) y otro lucía en la pata levantada los galones de la manga de un capitán incógnito.

Al lado de una barda, en un precipicio de algunos metros, varios jinetes en su huida desesperada, habían saltado con todo y cabalgadura, estrellándose en el fondo del abismo.

El tránsito era difícil, pues los carruajes apenas encontraban paso, sin rodar por sobre los pies de un hombre o las patas de un caballo muertos.

Este cuadro de horror se prolongaba hasta adelante de Guadalupe.

Se dice que sólo consiguieron salir de Zacatecas ochenta o cien jinetes de excelentes caballos y fortuna.

A mi regreso a la Ciudad, encontré largas cuerdas de prisioneros, a quienes ocupaban en acarrear armas y cadáveres. Los pozos de minas habían sido llenados con cadáveres.

A los lados del camino, y por la estación, había hacinamientos de cadáveres que no pudiendo ya ser sepultados, iban a ser quemados en montón.

¡La ciudad se iluminó con siniestros resplandores de hogueras humanas!

¡Empezaba a oler acremente!.....

.....
La guarnición de doce mil hombres fué aniquilada en nueve horas de lucha!

¡La victoria fué completa y épicamente grandiosa!

¡La persecución fué sangrienta y el aspecto de ese campo en que se pasearon la desolación y la muerte, parecía horripilante!

.....
Resultado.

La terrible derrota infligida al ejército de Huerta en Zacatecas, tuvo tal resonancia y causó tal quebranto en la mo-

ral del enemigo, que éste inició la retirada general de sus tropas que ocupaban San Luis Potosí, por el Oriente y Guadalajara por el Occidente.

La División del Norte pudo marchar triunfante rumbo a la Capital de la República y ya se aprestaban cinco brigadas mandadas por el General Angeles para marchar a ocupar desde luego Aguascalientes, cuando una orden inesperada del Sr. General Villa, nos hizo regresar rumbo a Torreón. Era que la gloriosa batalla de Zacatecas, librada sin la anuencia de Don Venustiano Carranza, había acrecentado en éste la envidia y que apoyado por las tropas de Don Pablo González, tomaba una actitud francamente hostil hacia la División del Norte. El General Villa no quiso dejar comprometida su línea de comunicaciones con la Frontera, toda vez que sus máquinas se encontraban exhaustas de carbón, artículo que ya no permitía pasar Don Venustiano.

Fácil empresa. Entretanto, Obregón libraba en Guadalajara y sus cercanías, fáciles encuentros parciales contra un enemigo que se retiraba hacia la Capital de la República. En ésta se concentraba una guarnición de unos cuarenta mil soldados bien armados y pertrechados, que pudieron no sólo resistir el ataque de las huestes de Obregón, muy inferiores en número, poco disciplinadas y con escasa artillería, sino derrotarlas completamente; pero había cundido la desmoralización en la dirección superior de las tropas ex federales; la opinión pública era escéptica y ahora sí ejercía presión contra los defensores de la mala causa. Obregón afirmaba, por otra parte, que tras de él estaba listo para el asalto de la Capital el ejército de Francisco Villa. A personas que acudían a saludar a Villa y Angeles, se les engañaba diciéndoles que esos Generales estaban en sus trenes algo más a retaguardia, pero afirmando que no tardarían en acercarse..... (1)

(1) Es público y notorio que varios combates de las tropas de Obregón, se resolvieron en victorias al grito de ¡Viva Villa!



General Angeles y su Estado Mayor.—Punto de apoyo en el ataque a La Bufa.
—Efecto del fuego enemigo

Pacto.

El pacto de Teoloyucan libró franco paso a las tropas de Obregón y puso a su disposición el abundante armamento, artillería y municiones de los ex federales, armas con que más tarde los carrancistas habrían de combatir a sus propios correligionarios, efectivos autores materiales y morales del abatimiento del ejército ex federal.

Don Venustiano Carranza se apresuraba a llegar a la Capital, para desfilarse, seguido de Obregón y sus tropas, y éstas se exhibían en toda su indisciplina y pequeñez, ante los ojos atónitos de los capitalinos, que no comprendían cómo éstos pudieron obtener la rendición de aquéllos.

Bien pronto se notó en la Capital, la ausencia de autoridad y de energía de Carranza en el poder. Sus Generales y Jefes burlaban el respeto debido a vidas y propiedades y las órdenes escritas del Primer Jefe eran desgarradas con burlesca desobediencia.

Zapata rehusaba tratar con el carrancismo y todos dirigían sus miradas al Norte.

Entre tanto, el cisma surgido, se hacía cada día más patente.

Conferencias.

Las conferencias de Torreón y la Convención de Aguascalientes, fueron la más patente muestra del impersonalismo del ejército del Norte, aliado al del Sur por razón de pureza de principios; y la desobediencia de Venustiano Carranza y la infidencia de él y de sus Generales, a la Convención, mostraron a la historia toda la mezquindad de sus ambiciones y toda la estulticie de su personalismo.

Rotas las relaciones y declarado rebelde Venustiano Carranza, los hombres de la División del Norte marcharon sobre los infidentes y éstos huyeron precipitadamente, dejando a aquéllos franco el paso, para hacer en la Capital una entrada triunfal, que ellos sí habían justificado con sus éxitos guerreros.

Los carrancistas rebeldes almacenaban a la

sazón parque, armas y energías en la Heroica Veracruz. Después, la infidencia de elementos perversos, equivocados o débiles, las dificultades de la guerra y el destino, han impedido completar y cimentar el triunfo; pero nuestros propios ideales revolucionarios están siendo pregonados por los detractores de la Convención, y no está lejano el día en que, vencido el personalismo, la justicia suprema se abra paso, para que el pueblo mexicano disfrute de las conquistas democráticas, que tanta sangre le han costado.



8723
41.

F1391

.Z2

C47

1020004957

108605

AUTOR

CERVANTES M., Federico

TITULO

Asalto y toma de Zacatecas

FECHA DE

NOMBRE DEL LECTOR

Laura



108